

Toda la gloria en un nombre: Mijaín López



El gladiador de Herradura conquistó su quinto título sucesivo en Juegos Olímpicos y vistió de oro su hazaña sin par



Mijaín se consagró en París como pentacampeón olímpico. /Foto: EFE

Elsa Ramos Ramírez

Ante la imagen, quedé, como muchos, atrapada, inmóvil, estupefacta y también incapaz. Lo que ya presagiaba y podía haber escrito desde mucho antes me dejó, en cambio, sin armas.

Acaso porque nada había que agregar, solo después, muchos minutos después, salí del shock y atiné a escribir las primeras letras, como si se pudiera entablar un diálogo normal entre la cuartilla y yo.

“¡Mijaín López es pentacampeón olímpico!”, vi repetido hasta la saciedad en todos los cintillos del mundo, que buscaron, igual que yo, la palabra más exacta, conscientes de que hay sucesos —e incluso nombres— que se escriben solos.

Nadie antes que él en la historia de 33 Juegos Olímpicos lo había logrado en ningún deporte: cinco títulos sucesivos en una disciplina individual era historia repetida; que en igual cantidad de certámenes de esta magnitud sus rivales apenas le pudieron marcar dos puntos, también.

Todo París lo sabía... y el mundo. Desde que subió por primera vez a los colchones, la noticia empezó a confirmarse. Y lo fue. Porque nunca faltó a una de sus promesas, como recalcará en su mensaje el Presidente cubano Miguel Díaz-Canel Bermúdez: “Mijaín promete, Mijaín cumple”, nadie quiso perderse esta fiesta

bajo los cinco aros parisinos.

Por eso Cuba —como el mundo— se paralizó cuatro veces, las mismas que su ídolo subió al colchón a la conquista de lo único que fue a buscar tras tres años de lucha contra el tiempo, los años, las miradas... y que avizoró desde que entró al mundo de los títulos en Beijing 2008.

Por eso la isla en peso aplazó los compromisos que tenía para la jornada en que nos dimos todos minutos feriados para ser testigos de un suceso irreplicable, que quisimos ver para que nadie nos contara después.

Ganó Mijaín y me vi llorando sin control, sin fuerzas y con ella, para besarlo desde lejos y arrullarlo como todos los que lo cargamos en mimos —o al menos lo intentamos—, a pesar de su estatura y de sus libras; o le ayudamos a virar rivales, a empujarlos, como si él necesitara de otros atributos como no fueran sus fuerzas, su coraje.

París lloró como Cuba entera ante cada segundo de una pelea con final anunciado mucho antes de empezar. Ganó Mijaín, tan alto y grande como la torre Eiffel, que lo reverenció con una gigantografía. Ganó el hombre que superó todas las presiones: las mediáticas —que llegaron a pronosticarle un bronce impensado, como la prestigiosa revista *Sport Illustrated*— y las de sus rivales, que fueron a ganar una batalla que ellos mismos sabían perdida.

Dígame Mijaín y se habrá dicho

leyenda, hazaña, guerrero, mambí, cubano. El elegido de los dioses ganó y el cielo lo saludó desde lo alto, donde reinará por los siglos de los siglos.

Como si nadie quisiera dejarlo ir, tras una ceremonia de premiaciones interminable, regaló besos, abrazos, autógrafos, selfies, amor, humildad... en un mar de banderas cubanas y de otras naciones que anunciaron que a él —y solo a él— le tocaba vivir el privilegio de hacer escuchar por primera vez el himno, nuestro himno, en medio de un escenario inolvidable, jerarquizado mucho más por el presidente del Comité Olímpico Internacional Thomas Bach, quien estrechó la mano de quien prestigia como pocos el movimiento deportivo mundial.

Y porque nadie podrá llegar hasta donde él y su gloria, sobre el colchón de París Mijaín plantó sus botines-zapatillas del tamaño de una hazaña única, irreplicable, insuperable, que la historia calzará para sí.

Solo me quedó, como a todos, esa extraña sensación de quienes sabían que aquellas zapatillas nunca más las calzaría quien dijo adiós como los grandes gladiadores que van y regresan con el escudo.

No habrá que hacerle el monumento que muchos piden porque ya Mijaín López es ese monumento a la gloria. Es ese país que aún no quiere despertar de este sueño que el Gigante de La Herradura quiso regalarnos en un día inmortal.

Sombras y luces de Cuba en París

A pesar de haber conquistado en las últimas jornadas dos medallas de oro, la isla sigue debajo de sus pronósticos en los Juegos Olímpicos de París 2024

Con sus pases atrás, sus derribos y esa pose inamovible que lo inmortalizaron en París, el gran Mijaín López le dio el primer “estrellón” al medallero y Cuba, que andaba más allá del puesto 60 en la Olimpiada francesa, subió al 39.

Con su andanada de golpes, el “más guapo” de París, Erislandy Álvarez, la catapultó hasta el lugar 21 y por ahí, cercana a lo que se pronosticó, “flota” nuestra delegación cuando la fiesta de París ya tiene sus “días contados”, ya que se estará compitiendo —y bastante— hasta el domingo cuando se clausure.

A falta de tres fechas, estos “elegidos” habían sido los únicos de la delegación cubana que les habían podido arrancar títulos a los escenarios parisinos, distinguidos por el nivel cualitativo y la rivalidad competitiva como le toca a una lid de este tamaño, donde muchos favoritos cayeron y otras estrellas emergieron, nada diferente a lo que ha sucedido en las 32 ediciones anteriores.

Para subir a lo más alto del Olimpo, Mijaín solo necesitó demostrar lo extracalce que es para lograr su quinto título. Erislandy dio la mejor de las lecciones de cómo se enfrenta un evento de esta envergadura. A golpe limpio desde el primer hasta el último combate, el cienfueguero no dio margen a que los jueces decidieran por él, ni siquiera cuando subió en la final con miles en contra ante un local ranqueado.

El primero arrastró a la lucha para que se confirmara como el mejor deporte de la armada cubana en la cita francesa, tal como lo ha hecho en los últimos años en los principales eventos para ganarse el epíteto de Locomotora.

El segundo fue la tabla de salvación para que el boxeo no se fuera sin títulos después de haberse quedado por debajo de las expectativas. A ese oro se agrega el bronce aportado por Arlen López.

En lo que califica —hasta ahora— como la más agradable de las sorpresas, Yusneils Guzmán, con una plata tan inesperada como bienvenida, hizo historia al ser la primera luchadora cubana en ganar una medalla en citas estivales, mientras Gabriel Rosillo y Luis Orta lograron arrancar un meritorio bronce a los colchones.

Habrà que esperar hasta el último día, ya que le quedan en acción varios atletas, pero esta se perfila como la que puede ser la cosecha más baja de Cuba después de México 68, cuando se obtuvieron cuatro preseas de plata. Luego en Munich 72, cuando el deporte estaba aún en ciernes, se lograron ocho (3-1-4).

Con esa “amenaza” cerraba este órgano su edición este viernes, colgado de la canoa de Yarisleidis Cirilo en su C-1 a 200 metros. Para disiparla y, de paso, incluirse entre los 20 primeros tal como se presagió, la delegación de la isla cifra sus esperanzas, además, en la lucha libre y el taekwondo.

De los capítulos que cerraron, muchos coinciden en que, al margen de la calidad innegable de los Juegos, algunos de nuestros representantes no han competido bien, más allá de si lograron o no medallas en una disputa tan dura.

Y la lista la encabeza la triplista Leyanis Pérez, a quien, literalmente, París le cayó encima con todas sus torres. Solo ello explica que no pudiera ni acercarse a sus mejores

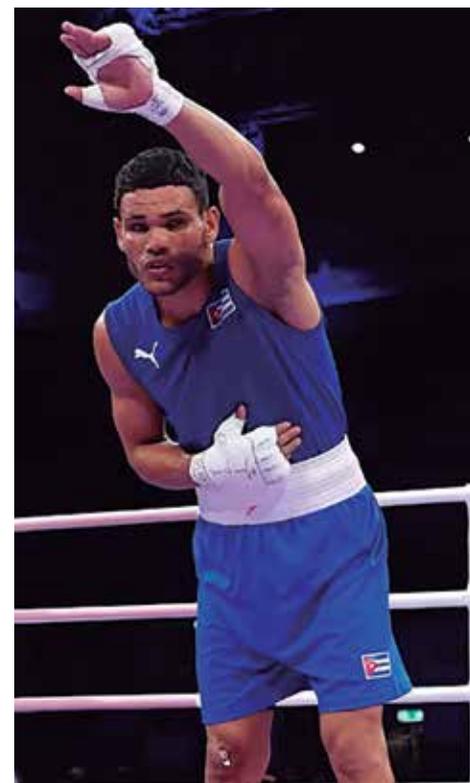
marcas, las cuales le hubiesen valido para podio, y probablemente para título. La muchacha no supo manejar la presión, generada por el favoritismo lógico con que llegó al cajón de salto y desde su primer salto en la clasificatoria hasta el último en el que no encontró nunca la coordinación, lucía bloqueada y sin las armas competitivas de otros eventos.

Fue, desde mi punto de vista, junto a la eliminación temprana del boxeador Julio César La Cruz, la nota más decepcionante de la representación antillana.

De los que ya terminaron su desempeño habría que cuestionarse a los judocas, no por el hecho de no lograr medallas, que en lo personal no les pronostiqué. Reverencias aparte para nuestra inmensa Idalys Ortiz por sus cinco Juegos, en cuatro de los cuales alcanzó medallas; lo impugnable es la pasividad con la que se mostraron sobre el tatami.

En cuanto al atletismo, pese a ser la disciplina que más atletas llevó (18), lo que ha pasado en el campo y la pista era previsible. Excluidas las demostraciones de figuras como Daily Cooper (800), Reynaldo Espinosa —quien regresó a Cuba a una semifinal 44 años después de su última vez—, o Roxana Gómez (400 metros) porque lograron los mejores registros de sus vidas o del año, el resto fue un calco de lo que ha ocurrido en otros eventos de este tipo, en los que luego, tras alcanzar su máximo rendimiento en Cuba o fuera de ella, el fundamental, les suele caer arriba y no son capaces de superarse a sí mismos.

Todo ello contrasta con actuaciones como las de la pareja del voleibol de playa de Noslen



El cienfueguero Erislandy Álvarez aportó la única presea dorada del boxeo. /Foto: Facebook

Díaz y Jorge Luis Alayo, a quienes en verdad la suerte les jugó una mala pasada cuando les puso net y arena por medio al dúo de Suecia, primero del ranking universal, en la fase de octavos, tras una impecable fase clasificatoria; pero si una medalla merecen ellos es la de la combatividad y el honor deportivo.

A París le queda historia y puede que a Cuba también, pero lo visto hasta aquí es el botón de muestra de los derrotados del deporte en la isla, pero de eso hablamos después porque la Ciudad de la Luz invita al deslumbramiento hasta el final con unos Juegos fantásticos, monumentales. (E. R. R.)